

I.- El Doctor

13 de Abril de 2417

“Condenada”, pensó, mirando sin ver un gráfico en la pantalla holográfica que no hubiera entendido aunque le hubiera importado. “La humanidad está condenada”.

No estaba triste, ni desesperado. No tenía miedo, ni ira. A sus veintidós años, Bradley Kingston, el doctor sin titulación alguna más importante de lo que quedaba de la Tierra, ya había pasado por todas esas fases. Sólo sentía una desagradable resignación, un enorme cansancio y la amarga decepción de saber que iba a morir en menos de tres años sin haber hecho nada digno de mención en toda su vida. Había pasado la niñez huyendo de los Extraños, que habían invadido el pequeño pueblo hecho de casas de madera y vecinos en bicicleta en el que había nacido. Había vagado sin descanso durante meses, hasta que encontró refugio en Futura. Había pasado la adolescencia entre libros de genética, epidemiología, inmunología y bioquímica, tratando sin éxito de aprender las nociones mínimas que le permitieran luchar contra el virus Génesis. Había empezado su proyecto a los diecinueve años. Moriría antes de los veinticinco, como todos. Nunca se había emborrachado. Nunca había besado a una chica. Nunca había aprendido a tocar la guitarra. Nunca había viajado por el mundo. Nunca había tenido un verdadero amigo. Ni siquiera había disparado a un Extraño.

Nunca había conseguido absolutamente ningún avance contra el Génesis. Pero no se sentía culpable. Le era imposible. No existía forma alguna de que nadie en su situación se sintiera lo bastante culpable.

“La responsabilidad de que el ser humano sobreviva descansa sobre mis hombros, y ni siquiera me queda la esperanza. El Génesis me habrá matado antes de que yo empiece siquiera a entenderlo a él. No tengo la suficiente experiencia. Nadie la tiene”.

Miró distraídamente el laboratorio, donde docenas de notas, resultados, estadísticas, ideas y cifras adornaban las mesas, los ordenadores, las paredes y buena parte del suelo.

“Todo mentira”, pensó, con una sonrisa amarga dibujada en los labios. “Una enorme mentira que tendré que seguir contando hasta que muera y otro ocupe mi lugar. Otro crío brillante sin experiencia que gastará lo poco que le quede de vida en perder la esperanza y dar palos de ciego

mientras la gente sigue muriendo“. Se preguntó si alguien más en el mundo sabía lo desesperadamente inútil que su investigación era. Cada día, Brad empezaba la jornada tomando un repugnante café en la sala de recreo de los laboratorios centrales de Futura mientras leía y desechaba, uno tras otro, decenas de documentos escritos por diferentes miembros de la comunidad científica de la ciudad. Comprobaba toda clase de teorías basadas en postulados falsos, ideas carentes de base científica alguna, propuestas de tratamientos experimentales que ya se habían probado sin éxito y ensayos llenos de lo que sólo podían considerarse verdaderas gilipolleces. Cada mañana veía con sus propios ojos cómo los cerca de mil quinientos supuestos especialistas que trabajaban sin descanso en la ciudad, jerárquicamente hablando sus subordinados, demostraban una incompetencia intolerable. Cada mañana quedaba ampliamente demostrado ante sus propios ojos que él mismo era el científico más preparado de Futura. Y, sabiendo lo lejos que estaba él de encontrar una cura para el Génesis, cada mañana se sentía más y más desesperanzado.

Una máquina zumbaba a su espalda, pero él no la escuchaba, igual que no la escuchó pitar tres veces, e igual que no escuchó a Natalie, su asistente directa, levantarse y arrancar una página que el aparato había escupido.

“Condenada...”

– ¿Brad?

Se sobresaltó como al despertarse de una pesadilla, e hizo un gesto brusco con las manos. Miró a Nate como si no la hubiera visto nunca, y ella sonrió, comprensiva, y le puso una mano en el hombro y el papel frente a los ojos. Natalie no era una chica especialmente atractiva, pero era la única con la que Brad había intercambiado más de cien palabras en su vida. Había algo que le encantaba en sus ojos verde esmeralda, aunque sólo se fijaba en ellos en los días buenos, y aquel no era uno de ellos.

– Los resultados – dijo ella, señalando el papel con un gesto de las cejas. Brad cogió el papel, se recolocó las gafas y suspiró profundamente. Su mirada obvió las tres cuartas partes superiores del informe – Buenos marcadores – añadió Nate.

Brad asintió sin convicción. Nate tendía a ser mucho más optimista que él. Donde ella veía “buenos marcadores”, el sólo veía “marcadores que no hemos visto nunca y no sabemos lo que significan”. Dejó el papel sobre la mesa, tomó un sorbo de café y apoyó los codos a ambos lados del

informe. Apoyó la cara sobre las manos y suspiró de nuevo, mirando los números.

- ¿Tú qué crees? - preguntó, con una apatía que hacía que pareciese que se lo preguntaba a un amigo imaginario en vez de a la propia Nate.

Ella se apoyó sobre la mesa con una mano. Aquella pregunta siempre la incomodaba. Ambos sabían que él buscaba repartir la culpa de lo que un informe positivo significaba, de modo que contestó lo mismo de siempre.

- Es decisión tuya, Brad. Es tu proyecto.

Bradley sonrió sin mirarla a la cara. Cada vez que Nate le decía aquello tras probar una nueva cepa del retrovirus que estaban diseñando, él sólo recibía un mensaje; “no somos amigos, sólo trabajamos juntos”.

Se quitó las gafas para frotarse los ojos.

- Lo intentaremos - dijo – Prepara la solución, voy a Edén.

El escáner retinal había fallado tres veces, con lo que Brad tuvo que pasar el tedioso proceso de la identificación manual. El protocolo era claro en ese aspecto, y no contemplaba en absoluto el hecho de que los cuatro guardias de la única entrada a Edén, el tipo de mantenimiento que trataba de arreglar el antiquísimo escáner y el responsable de aislamiento le conocieran perfectamente. Brad se preguntaba con frecuencia hasta qué punto tenían alguna utilidad los mecanismos de seguridad de Edén. Aunque la puerta hubiera estado constantemente abierta y alguien hubiera entrado con una bomba de diez kilotones bajo el brazo, el cristal de tres por dos metros, que constituía casi el único medio de comunicación de Edén con el mundo exterior, tenía treinta centímetros de espesor, y estaba preparado para resistir prácticamente cualquier cosa. Corría la leyenda de que si cayera un meteorito en la Tierra, los habitantes de aquella cámara subterránea estéril de dos mil hectáreas podrían sobrevivir un par de años más que los últimos seres unicelulares, hasta que se les acabaran las provisiones de agua de emergencia.

Edén era uno de los múltiples proyectos de conservación de la especie humana vigentes en Futura. Era básicamente un enorme complejo estéril cuya única forma de acceso era una cámara de

descontaminación de diez metros cúbicos, el único dispositivo conocido capaz de matar al Génesis en el aire, que cada vez que se ponía en marcha dejaba a los más de un millón cien mil habitantes de Futura sin electricidad. Se había abierto noventa años atrás, cuando la esperanza de vida aún se elevaba a unos sesenta años y combatir el virus en seres humanos era sólo un poco más difícil que combatirlo en el aire. Al principio, la cámara esterilizaba también a los seres humanos, y se había utilizado para introducir en Edén a algunos de los habitantes más guapos, inteligentes, fuertes y ágiles de Futura. Desde entonces, el Génesis había mutado tantas veces y con tanta efectividad que ya no se permitía la entrada a Edén de más seres humanos, y la cámara de descontaminación sólo se empleaba para introducir objetos inertes. El complejo era una especie de micromundo con sus propias normas y su propia sociedad, y sus menos de mil habitantes eran las únicas personas totalmente sanas del planeta, hasta donde nadie en Futura sabía.

Tras confirmarse su identidad, Brad franqueó finalmente las enormes puertas mecanizadas de medio metro de espesor. Pasó unos segundos por el laboratorio de monitorización. Aunque todos los sistemas de soporte vital y todos los androides de asistencia de Edén eran autónomos, aquella sala recibía lecturas constantes de niveles tóxicos en el aire, frecuencia de depuración de agua, temperatura, presión y cualquier otro dato imaginable. Saludó al técnico al cargo, posiblemente la persona que tenía el trabajo más ocioso de Futura, comprobó unos cuantos datos, más por cordialidad que por necesidad, y volvió al amplio pasillo.

Tuvo que someterse a otra identificación para llegar al ascensor, pero ésta vez los sensores retinales funcionaron correctamente, y la lectura de ADN que activó con una gota de su sangre también hizo su trabajo rápidamente. Entró en el espacioso ascensor y empezó a descender, en un trayecto que ya había hecho en bastantes ocasiones y que sabía que duraba algo más de siete minutos. Se le hicieron tan largos como siete horas.

Cuando las puertas finalmente se abrieron, salió a un tenebroso pasillo, vagamente iluminado por una bombilla de luz naranja cada cinco pasos, cuya única decoración eran los cables de alta tensión que serpenteaban por el techo y cuyos únicos sonidos eran sus propios pasos resonando en el suelo y el zumbido del aire caliente al pasar de largo a su lado, en busca del hueco del ascensor que acababa de dejar atrás.

Matt Foreman ya le esperaba al otro lado del cristal de seguridad, sentado en un taburete alto y con los brazos cruzados. La visión del líder de Edén seguía siendo impresionante para Brad, pues seguía siendo el único adulto que había visto en su vida. El hombretón era más fornido que nadie

que el joven doctor conociera, y lucía una espesa barba color castaño y una franja de canas alrededor de las sienes, como si se quisiera pavonear ante los habitantes del exterior de haber vivido ya más de cincuenta cumpleaños.

- Kingston – dijo, con un movimiento de cabeza que no se podía definir como un saludo.
- Matt. Me alegro de verte.
- Mientes – respondió el hombretón – Yo tampoco me alegro de verte a tí. ¿Qué tal van las cosas ahí arriba?

Brad suspiró y se movió hacia una esquina de la habitación. Cogió un taburete que había allí y lo movió al centro de la sala con gesto cansado.

- Pocos cambios – dijo – La Atalaya resiste. Ha habido un par de ofensivas un poco más intensas de lo habitual, pero no han llegado a romper las defensas.
- Defensa activa, ¿eh? Menuda gilipollez – dijo Foreman con un bufido – Un día de éstos los Extraños construirán naves ligeras y no necesitarán tomar el Camino. Se saltarán la Atalaya y taladrarán los muros de Futura como si fueran de mantequilla.

Brad contuvo una maldición. Foreman estaba de mal humor, y eso siempre significaba malas noticias para él.

- Podría cambiar pronto – aventuró – Los rumores dicen que el Presidente sigue empeorando, y eso que las últimas noticias ya no eran muy optimistas. Dicen que ya tiene la apoptosis en los pulmones. Y no ha dejado recomendación para su sucesor, de modo que cualquiera podría ocupar el puesto.
- Genial – respondió el hombre con tono sarcástico – Inestabilidad política. Justo lo que Futura necesita. La Cámara saltará sobre su cadáver como una bandada de cuervos.
- Se habla mucho de Russell Santos.

Foreman negó con la cabeza.

- Santos sólo es el cuervo más hambriento – dijo – Eso le convierte en el que se llevará el primer bocado, no en el que se llevará el más grande.
- ¿En quién piensas? - preguntó Brad, más porque sabía que al hombretón le gustaba el sonido de su propia voz que por verdadera curiosidad.

- Alguien con más tirón popular que ambición. Dan Arnold, o tal vez el nieto del Halcón Azul.

Brad hizo una mueca difícil de descifrar. Trataba de que pareciera que ambas opciones le parecían razonables, pero no podía estar más en desacuerdo. Tanto Daniel Arnold como William Stavros estaban bien considerados por la población de Futura, pero en ambos casos era por méritos en el campo de batalla. Brad era un firme defensor de la política de defensa activa y la perpetuación, a pesar de que su propio trabajo iba mal y era una baza fundamental en dicha filosofía. Cualquiera de aquellos dos personajes, de llegar a Presidente, lanzaría a todas las tropas de la Atalaya a través del Camino en cuarenta y ocho horas, con el propósito de matar a cuantos más Extraños mejor.

“Aquello no funcionó en el siglo veinticuatro”, pensó Brad. “Y probablemente no funcione en el veinticinco”.

- Tal vez un cambio es lo que necesitamos – dijo sin embargo.
- Tal vez – Foreman le escrutó durante unos segundos de silencio - ¿Algo más?
- El lobo Procter – dijo Brad, encogiéndose de hombros – Hace unas semanas dijo haber encontrado un mensajero muerto de otra colonia.

Esta vez la risa de Foreman fue sincera y ruidosa.

- El chico tiene valor – dijo, aún entre risas – Pero sería capaz de decir que ha encontrado un virus para aniquilar Extraños en su propio ojete, con tal de llamar la atención – terminó de reír y escrutó unos segundos a Brad - ¿A qué debo el honor, doc?

“Allá vamos”.

- Hemos desarrollado una nueva vacuna que necesitamos probar – dijo Bradley con un suspiro.

Foreman soltó una risita y se rascó una ceja.

- ¿De qué se trata? - preguntó.
- Somos bastante optimistas respecto a los marcadores que hemos...
- ¿Es una nueva cepa de tu retrovirus? - interrumpió Foreman.
- Matt, por favor. Está codificando una proteína que estamos bastante seguros de...
- ¿Es una nueva cepa de tu retrovirus? - repitió el hombre, subiendo el tono de su voz una octava.

Brad guardó silencio. Intentó no evitar la mirada de Matt Foreman, pero le fue imposible.

- Olvídalo – sentenció el hombre.
- Escúchame, Matt. Por el amor de Dios, escúchame. Creo firmemente que mi diseño puede funcionar – mintió – Llevo cuatro años trabajando en esto, tienes que empezar a confiar en mí.
- No puedo darte un voluntario cada vez que le cambias el peinado a tu retrovirus, Brad – dijo Foreman – Era una buena idea cuando se te ocurrió, pero ya has condenado a una docena de los míos.
- Doce personas. Doce – recalcó Brad – Doce personas a cambio de salvar a la humanidad, Foreman.
- Doce de las únicas ochocientas personas sanas del planeta – matizó Foreman.
- Doce – insistió el doctor – Doce individuos que siguen vivos ahí arriba y seguirán vivos durante un par de décadas. Doce personas que siguen aportándonos datos, que siguen siendo increíblemente valiosos como sujetos diferenciales, que cumplirán más años que la mayoría de los que vivimos aquí fuera. Que siguen viniendo a verte de vez en cuando. Que tal vez se salvarán si colaboras conmigo y consigo que el retrovirus funcione.
- Doce personas a las que has infectado el Génesis – respondió el hombretón - Estás hablando de mi familia, Kingston, no lo olvides.
- Deja de joderme. Esto es por tu proyecto de esos niños.

Matt Foreman había elegido a seis niños de Edén para que estudiaran durante toda la vida las mismas ciencias en las que estaba trabajando el propio Brad Kingston. La idea era que en un par de décadas esos mismos seis niños pudieran dirigir la investigación sobre el Génesis desde Edén, el único lugar conocido en el que un doctor podía tener una carrera de más de diez años. El único lugar en el que alguien podría llegar a tener la experiencia necesaria para combatir el virus.

La noticia se había propagado por todos los niveles de Futura como la pólvora. Todo el mundo tenía puestas muchas esperanzas en lo que aquellos seis críos podrían hacer en el futuro, lo que había redundado en que las escasas esperanzas reales que nadie tuviera en el proyecto de investigación de Brad se desvanecieran como la niebla del verano. Al propio doctor la idea de los niños le parecía la mejor jodida idea de la historia, pero tenía que seguir fingiendo que se oponía. Que se sentía capaz de hacer su trabajo. Que se sentía insultado.

- Tendrías que ver los avances que están haciendo – replicó Foreman, con aire ofendido – Jackson

ha diseñado un análisis inmunitario que...

- Jackson tiene nueve años, Matt – interrumpió el doctor.
- Imagina lo que hará dentro de diez.
- Seguirá siendo más joven de lo que yo soy ahora.
- La respuesta sigue siendo no, Brad – dijo Foreman – Estoy harto de dejar a los míos morir ahí fuera por tu culpa. Tendrás que pensar en otra cosa.
- ¿Pensar en otra cosa? Estás hablando del trabajo de toda mi vida, Foreman.
- Oh si. Cuatro años – dijo el hombre con voz burlona.

Aquello era demasiado. Brad se levantó bruscamente del taburete, que cayó con estrépito a su espalda, y golpeó el cristal con una mano abierta, justo frente a su interlocutor.

- ¡¡Si, maldita sea!! - gritó - ¡¡Cuatro miserables años!! Aquí fuera tenemos una esperanza de vida de veinticinco. ¿Cuántos años tienes tú, Matt? Debe ser de puta madre reirte de la corta vida de las mismas personas que depuran siete veces por minuto el aire que respiras, ¿eh?

Durante un instante, sólo una fracción de segundo, Brad vio en la mirada de Matt Foreman el dolor. Por primera vez desde que se conocían, Brad había tenido el valor de poner un dedo en una llaga. Sintió vértigo. El gesto de Foreman se endureció al instante, y el doctor supo que había metido la pata, y que había perdido las escasas posibilidades de conseguir finalmente un voluntario para probar su nueva vacuna.

- Escúchame, niño – la voz de Foreman era puro fuego, y su mirada puro hielo – Aquí dentro tenemos un índice de natalidad de cinco o seis niños al año. Dame algo nuevo. Algo a lo que agarrarme. Una razón nueva para confiar en ti – Brad pegó la frente al enorme cristal, miró al suelo y rio con amargura. Foreman pareció ignorarlo – Mientras sigas trabajando en el mismo diseño, no habrá más voluntarios.

El hombre se levantó y giró sobre sí mismo. Se dirigió a la puerta de metal a su espalda, tras la que sólo los propios habitantes de Edén sabían lo que había.

- ¿Y si esta vez lo tengo, Matt? - dijo Bradley. Foreman se detuvo, con la mano en el picaporte, justo antes de salir.
- No te creo capaz – dijo sin mirarle.

“Yo tampoco”, dijo en la cabeza de Brad una voz que no era la suya.